

Apuntes

Juan Luis Martínez: "Ya No Tengo Miedo a la Muerte"

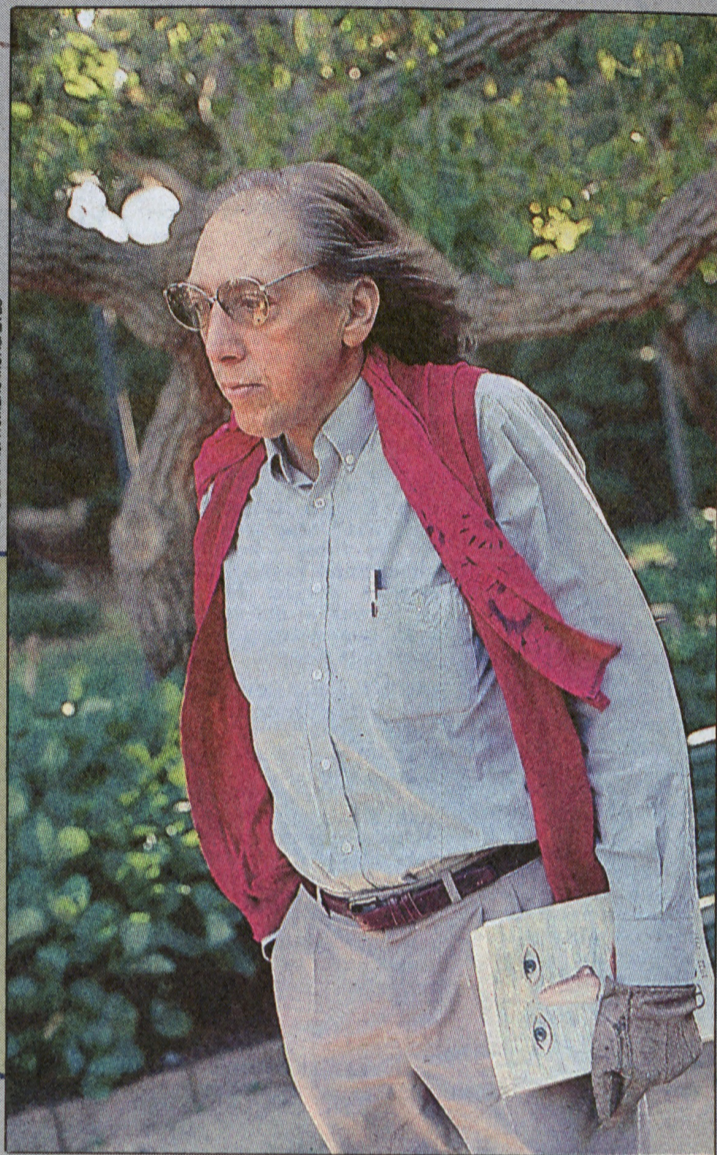
por María Ester Roblero

A los 52 años de edad, de un ataque al corazón, murió el poeta viamarino Juan Luis Martínez. Como tantos otros grandes hombres de la historia de la poesía chilena, no alcanzó a verse consagrado en vida. Reacio a la publicidad, concedió a «Revista de Libros» una entrevista que fue publicada el domingo 14 de marzo recién pasado. Siempre dijo que aquella era la "única y verdadera entrevista que daría en su vida".



Juan Luis Martínez: "Yo no creo en los autores, sólo en los poemas".

FOTOGRAFÍAS: HOMERO MONSALVES



TODO periodista entiende lo que es un entrevistado difícil. Aquél que no accede a la grabadora, que previene de temas sobre los que no desea hablar, y fija muchas sesiones de trabajo hasta dar por concluida la conversación. Juan Luis Martínez reunía todas estas características. No obstante, resultó para mí un placer y un privilegio entrevistarlo.

Pretendía que el periodista escuchara los latidos de su corazón, y no sólo registrara sus palabras. Quería que lo describiera por su obra, y no por su realidad de hombre enfermo del riñón, que podría despertar lástima. Aun así, la idea de la fama lo preocupaba. Ya se había acostumbrado al anonimato: ni siquiera sus vecinos en Villa Alemana sabían que era poeta.

Le pregunté en reiteradas oportunidades si acaso no estaba curtido por la indiferencia del público y los editores. El lo negaba, pero jamás pudo olvidar —lo llevaba como una herida sin cicatrizar en la memoria— que Braulio Arenas dijo que el libro de Martínez, *La nueva novela*, era de lo más fome que había leído. Y tampoco olvidaba que Juan Andrés Piña no lo consideró en *Conversaciones con la poesía chilena*.

"Ni pena, ni miedo"

Nuestro primer encuentro tuvo lugar durante el invierno del año pasado. Era su estación predilecta. Ni siquiera sentía frío durante las largas sesiones de diálisis a las que se sometía tres veces por semana. Aunque estaba lleno de planes, entre otros, volver a París en otoño, el tema de la muerte nos rondaba.

—Yo me acostumbré a vivir muy cerca de ella —me dijo—, y ya no tengo miedo.

—¿Ni pena ni miedo?— le pregunté, citando el verso que Raúl Zurita, su ex cuñado y amigo, quiso escribir en el desierto chileno. Riendo contestó:

—Pena, sí. Pero no es por mí, sino por mi familia. Por mi mujer y mis hijas, y también por mis libros. Por unos pocos paisajes que uno mira; el mar, por ejemplo, y también por los momentos en que uno disfruta de todo eso, mientras come un plato de mariscos de esta zona.

—¿Se angustia a veces?

—Sí, pero rezo y se me pasa. Le rezo a la Virgen, y también el Padre Nuestro.

—¿Se considera un hombre creyente?

—Fíjese que es muy curioso, porque yo tengo una concepción horizontal del mundo, y cíclica de la historia. Pero eso no ha interferido en mis creencias religiosas. Y, claro, creo en Dios, que es el nombre que no debe nombrarse.

—Cuando me referí a Zurita, usted

me dijo que prefería no ahondar en ese tema. ¿Por qué?

—Porque ya no sé mucho de él. Raúl me leyó muchas veces *Purgatorio*, mientras lo escribía. Y tengo guardados muchos versos suyos, escritos durante su adolescencia. Quizás él ni se acuerda de ellos...

—¿Cómo recuerda la época en que vivieron junto a sus familias en Concón?

—Fue un tiempo feliz. Nuestros intereses eran sólo literarios, y ¿sabe?, lo pasábamos muy mal en términos de plata. Incluso nos matriculamos en un taller que dirigía Enrique Lihn en Santiago, porque había una beca de por medio. Viajábamos a Santiago sólo a cobrar la plata.

—¿Tan seguros estaban de no tener nada que aprender en el taller?

—Nosotros considerábamos que nuestra poesía marcaba un quiebre con las antiguas generaciones de poetas.

En la plenitud de su persona

En primavera volvimos a reunirnos. Juan Luis nos mostró parte del libro en que trabajaba hace más de catorce años. Muchos de sus versos giraban en torno a la idea resumida en la frase "El deseo de ser otro, sin dejar de ser uno mismo". El cuerpo era para Juan Luis Martínez un lí-

mite físico y temporal, y la página en blanco, la oportunidad de llegar a la plenitud de su persona. El fruto de su esfuerzo, un poema, era suficiente en este sentido y por ello anhelaba publicar el nuevo libro sin que se supiera que le pertenecía.

—Yo no creo en los autores, sólo en los poemas. Es más, creo que los poetas sólo reescribimos palabras ya escritas por otros. Al igual que Borges, yo pienso que no sería nadie sin mi biblioteca.

—No obstante, y a pesar de todo lo que le costó publicar *La nueva novela*, ¿ha gozado de alguna satisfacción gracias a su trabajo?

—Sí, la última alegría la tuve al viajar a Francia junto a otros poetas. Y me han invitado de nuevo para el próximo otoño. Además, tuve la oportunidad de conocer a escritores chilenos de los que sólo sabía por sus libros. Por ejemplo, José Donoso me pareció mucho más sensible y feliz de lo que imaginaba. En París conocí también a Jean Tardieu, del que escribí algunos versos: él se emocionó al ver mi libro, y me dio un beso en la mejilla y un fuerte abrazo.

Durante el verano lo visité simplemente para conversar. Uno pasa por la vida de los entrevistados, y ellos dejan su huella. Es difícil, a veces, no querer detenerse a su lado. Más, cuando todo encuentro tiene algo de despedida.

QUIEN SOY YO

(Juan Luis Martínez)

Espero que la sombra me separe del día y que fuera del tiempo, bajo un cielo sin techo la noche me acoja donde mejor sé morir.

Si mi destino está sobre la tierra, entre los hombres, preciso será aceptar en mí aquello que me definió, puesto que no quiero ser otro que yo mismo.

Mi nombre, mi rostro, todo aquello que no me pertenece lo doy como forraje al público insaciable, mi verdad la comparto con los míos.

No vivo en la superficie, mi morada está más profunda el malentendido no viene de mí: nada tengo que ocultar si no sé adonde voy, sé con quién voy.

Mi parte del trabajo es asumir mi libertad lo digo a fin que más tarde nadie se asombre: lucharé hasta que me reconozcan vivo.

Mi patria está sin nombre, sin tachas hay una verdad en la subversión que nos devolverá nuestra pureza escarnecida.

Y si debiera equivocarme, eso nada cambiaría hacer reventar los sistemas es el único juego aceptable, el movimiento es la única manera de permanecer vivos.

Mi amor lo doy al hombre o a la mujer quien me acompañará en este periplo incierto donde velan la angustia y la soledad.

Y no cerraré los ojos, ni los bajaré.

(Poema inédito leído por el autor en el marco del encuentro «Les Belles Etrangères», que se realizó el año pasado en Francia.)